

**Ana Campoy**

# **FAMILIA EN FUGA**

**EN BUSCA Y CAPTURA**

**Ilustraciones de Álex Alonso**

loqueleo®

# CAPÍTULO 1

9

**E**s difícil contar una historia cuando no se puede decir mucho sobre sus protagonistas. Te prometo que es bastante complicado. Normalmente, cuando alguien empieza a escribir un libro, comienza explicando quiénes son sus personajes, dónde viven o a qué dedican su tiempo libre. Es un truco estupendo para que empieces a conocerlos y lograr que te parezcan simpáticos. Pero mucho me temo que, en este caso, nada de eso es posible. Estoy atada de pies y manos. Créeme, es por tu bien. No estoy exagerando.

Hay muchas cosas que podría decirte sobre los F., el problema es que tengo prohibido contarlas. A pesar de la imagen de ellos que viste en la portada (llegaremos a eso más adelante), la familia F. podría pasar por una familia común y corriente. Sin embargo, si alguien agarrara unos binoculares y mirara un poco más de cerca, se daría



cuenta de algo evidente: que los F. tienen un secreto. Y no uno pequeño, sino uno enorme, gigante, inmenso. Un secreto tan grande como un camión. Y eso en una familia de bastantes miembros suele traer complicaciones.

10 Pensándolo bien, supongo que no importa si te cuento un poco de qué va la historia. Por un poquito no creo que pase nada. Al fin y al cabo, el mundo es muy grande, casi tanto como el secreto de la familia F., y si alguien se propusiera encontrarte ahí, justo donde estás leyendo, puede que le resultara un poco difícil. La gente que lee cambia de lugar constantemente. Algunos leen en los autobuses, en la cama o sentados en el baño. Otros devoran libros mientras comen, a la vez que ven la tele (es difícil, sí, pero puede conseguirse) e incluso cuando ponen atención en cosas que se supone que son importantes. Sin embargo, existen pocas personas que se queden sentadas las veinticuatro horas del día leyendo justo en el mismo lugar. Las hay, es cierto, pero dudo que tú seas una de ellas.

De todas maneras, para sentirte a salvo mientras lees esta historia, lo mejor es que sigas este consejo: cambia de ubicación cada cierto tiempo. Es más o menos lo que hace la familia F., y precisamente de eso trata su secre-

to: la familia F. es una familia que vive escondida. ¿De quién? Mejor no revelemos eso todavía. Ya te advertí que cuantos menos detalles sepas, mejor para ti. Te arriesgas a que también te persigan.

La familia F. (no te diré el apellido, no se te vaya a escapar) es la familia de Lucas y Fiona. Los dos son hermanos y, aunque se llevan muy pocos años entre sí, entre ellos hay grandes diferencias. Te pondré un ejemplo: si Lucas alguna vez tuviera tres materias reprobadas en su boleta de calificaciones, pensaría que al menos aprobó el resto. Fiona, en cambio, haría un berrinche tan terrible que le duraría los tres meses de verano. Así son Lucas y Fiona: tan diferentes y tan peculiares.

11

Pero empecemos por el principio. La primera vez que la familia F. tuvo que cambiarse de lugar, ninguno tenía muy claro lo que iba a pasar. Todo comenzó un día en el que Fiona y Lucas volvieron a casa de la escuela y sus papás les anunciaron que tenían que mudarse. Nada más. Ninguna otra explicación.

Entenderás perfectamente la sorpresa. Ni Lucas ni Fiona acababan de creerse lo que ocurría. Pero pronto vieron que la noticia iba en serio cuando Maya, su her-



mana mayor, y Ginebra, su abuela, empezaron a cuchichear en el cuarto mientras hacían las maletas.

Normalmente, cuando la abuela y Maya cuchicheaban, Fiona prestaba poca atención y Lucas, ninguna. Sin embargo, aquel día los dos estuvieron muy atentos por si entendían alguna palabra de la conversación:

—Chchchchch, es increíble, chchchchch.

12 —Chchchchch, no quieren decir nada, chchchch, no lo entiendo, chchchch.



—Chchchchch, ya le dije a tu mamá cuando se casó, chchchch, pobre hombre, chch.

—Chchchchch... chchchch..., ¿qué es ese ruido?

Lucas y Fiona se retiraron inmediatamente del pasillo. No habían conseguido sacar nada claro. Y de sobra es sabido que los rumores que vienen de rumores son menos fiables que un billete falso. Aquella misma tarde, los seis se metieron en el coche y fueron rumbo a lo desconocido.

Sabemos que la curiosidad es más grande mientras más lo es el secreto. Pero es que en este caso no había más información. Lo único que Fiona y Lucas adivinaron por la conversación de sus papás era que tenían un pueblo y una dirección (ambos secretos). Debían llegar allí y esperar instrucciones. Poco más pudieron extraer de Lorenzo y Norma, aparte de decirles que estuvieran callados y molestaran sólo lo imprescindible, como para pararse a hacer pipí.

Tras una noche entera de viaje, Fiona y Lucas se desperezaron a la mañana siguiente y descubrieron que el coche ya estaba detenido.



Habían llegado a su destino. Apenas habían atisbado un resquicio del pueblo a través de las ventanillas, pero parecía bastante prometedor. La abuela Ginebra los despabiló y los llevó hasta el patio de una pequeña casa de madera. También parecía intrigada por lo que fueran a encontrarse.

14 Cuando Norma abrió la puerta y vio el interior casi se muere del susto. En aquella casa había tantas goteras y humedades que podía haber pasado por un colador gigante. Pensó que se trataba de una broma. El problema era que a su alrededor nadie se reía.

Lucas y Fiona permanecieron muy quietos pensando qué decir. Pero es que ninguno estaba acostumbrado a ese tipo de situación: la de tener que mudarte de casa porque algo grave ocurrió. Algo tan grave que nadie quiere o puede contarte.

Fue en ese momento cuando Fiona reclamó algún tipo de explicación. Hasta entonces sólo había excusas, evasivas, respuestas como “Ahora no, Fiona” o “Voy a subir las cosas al coche”. Fiona se dijo que ya había aguantado demasiado. Normalmente, los papás están acostumbrados a que los hijos no protesten cuando las cosas son *por su*

*bien*. Pero en aquel caso, en el que tanto misterio la había obligado a alejarse de su casa, de su escuela y de sus peces de colores, Fiona creía merecer algo más de información. Así que pensó que ya estaba bien, se colocó delante de sus papás y exigió una respuesta cruzándose de brazos:

—Bueno. Se acabó. Ya estoy cansada. Me parece que deberían explicarnos qué está pasando.

Fiona miró al resto de los miembros de su familia. Hasta ese momento, la abuela, Maya y Lucas habían estado observando las humedades del techo, aunque se concentraron de inmediato en el centro de la sala al ver que Fiona había decidido iniciar el interrogatorio. Lorenzo miró a Norma y, para desgracia de Fiona y del resto de sus hijos, los dos se encogieron de hombros.

—Verás, es que... no podemos contarles nada —respondió Lorenzo.

—¿Cómo? —se indignó Fiona.

—Es la verdad. Sólo podemos decirles que algo inesperado ocurrió, que es secreto y que por ese motivo tenemos que ocultarnos.

El resto de los F., incluida la abuela, se miraron unos a otros. Aquel silencio era demasiado incómodo. Y era



urgentísimo que alguien lo rompiera e insistiera en el asunto de extraer información.

—Pero... no lo entiendo, papá —intervino, al fin, Maya—. Tú siempre dices que jamás nos mentirías.

—Y no les miento.

—Entonces, ¿por qué no nos cuentas lo que pasa? —insistió Fiona.

16 —Porque está prohibido.

—¿Prohibido? ¿Por quién?

El timbre de la puerta sonó de un modo desafinadísimo. Como si alguien lo hubiera aplastado con un sacacorchos y su voz estuviera agonizando. Puede que aquella llamada de timbre afónico llegara en el momento más adecuado.

Lorenzo corrió hacia la puerta y, tras mirar concienzudamente por la mirilla (una mirilla llena de mugre, por cierto), abrió con sigilo la hoja de madera y preguntó quién era.

No hubo tiempo para más. La figura que acababa de presentarse ante la entrada de la nueva casa de los F. empujó la puerta principal y la abrió de par en par. Cualquiera hubiera esperado que un gigante estuviera a punto de entrar

en la casa, pero no fue así. Se trataba de una chica delgada y pequeña vestida con un traje gris de corte perfecto y con un gesto tan estirado como su peinado. Lucía un chongo atravesado con una especie de palo y, por el modo en el que levantaba su barbilla, no estaba claro que fuera a dar muchas explicaciones. Tras analizar a todos los F. con sus ojos pequeñitos, relajó su rostro y llevó la mano hacia uno de los interruptores de la luz para comprobar su estado.

—Vaya, no funciona. Tendré que apuntar esto en la lista de reparaciones.

La mujer desplegó su carpeta, jaló el palo de su moño y Lucas y Fiona se sorprendieron al ver que se trataba de un bolígrafo. La mujer lo empleó para escribir en los papeles que llevaba consigo. Después, una vez que el asunto del interruptor quedó convenientemente anotado, avanzó hasta la mitad de la estancia tras cerrar la puerta.

